

culpable, cuanto vuestras promesas de fidelidad estuvieron acompañadas de mas señales de dolor y de buena fe, porque permitidme que os traiga aquí á la memoria aquellos felices instantes en que movidos del arrepentimiento, venisteis á derramar la amargura de vuestro corazon al pié de los sagrados tribunales de la penitencia. ¡Qué suspiros! ¡qué sinceros pesares por lo pasado! ¡qué tiernas protestas de una eterna fidelidad para lo sucesivo! ¡con qué compuncion os quejábais á Dios de haberle conocido tan tarde! ¡Cuántas veces le repetisteis, al levantaros de los piés del sacerdote, y despues de haber soltado la carga de vuestros delitos, que aquel momento de penitencia era el mas suave y mas feliz de vuestra vida, y que en la realidad nunca habeis estado tranquilos sin él? ¡Ah infiel! ¡y despues de unas muestras tan tiernas de reconciliacion, vuelves de nuevo á declararle la guerra? Vas á olvidarte de unas promesas que aun cuando no fuera suficiente el respeto debido al Señor á quien las hiciste para que nunca las violases, solamente tus suspiros y lágrimas bastaban para hacerlas sagradas. ¡Ah! las piedras de este templo, que fueron testigos de tus suspiros y de tus protestas, se levantarán contra tí delante del Señor, dice Habacuc; esos sagrados tribunales que acaban de ser depositarios de tus juramentos, de tus lágrimas y de tus culpas, perecerán algun dia delante de todo el universo junto: *Lapis de pariete clamabit: et lignum, quod inter juncturas est, respondebit.*¹ Allí reconecerás tus lágrimas, tus suspiros, tus protestas, tus promesas de fidelidad, grabadas con caractéres inmortales, y serás condenado por tu propia boca.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horroriza-

² Habac. 2. v. 11.

do siempre que habeis oido contar la historia de los trabajos del Salvador ó que os han hablado de la perfidia del discípulo que le entregó; nunca habeis oido el nombre de este mónstruo sin horrorizaros de nuevo; pero aun me parece mas infame vuestra recaida despues de los gemidos de la penitencia, porque á lo menos no se lee que Judas hiciese á Jesucristo grandes protestas de fidelidad; de casi todos los demás discípulos las refiere el Evangelio. *Vamos á morir con él*, decia Santo Tomás.¹ *Señor, manifestadnos vuestro Padre, y eso nos basta*, decia San Felipe.² *Aun cuando todos los demás os abandonaran*, decia San Pedro, *yo nunca os abandonaré.*³ Solamente Judas no habla en parte alguna, y á lo menos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia, nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendiérais entretener á Jesucristo con las mas fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa, vuestro libertador, como la hija de Sion, vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazon, como el penitente rey, y con todo eso, estos afectos no eran mas que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! ¡qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista despues que has vuelto á tus antiguos caminos! *Quam vilis facta es nimis, iterans vias tuas.*⁴

En tercer lugar, á la ingratitud de la perfidia añadís tambien el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruido, dice San Pablo, me declaro prevaricador,⁵ esto es,

¹ Joan. 11. v. 16.

² Ibid. 14. v. 8.

³ Matth. 26. v. 33.

⁴ Jerem. 2. v. 36.

⁵ Galat. 2. v. 18.

transgresor declarado de la ley. ¿Es posible que os háyais de volver á Satanás despues de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesucristo? ¿despues de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleites de los sentidos con los de la gracia, á Jesucristo con Belial, y no obstante, os declarais á favor de este último, y afirmais que es mayor, mas amable y mas digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh Señor! ¡qué ultraje de vuestra gloria, siendo vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division y á quien insulta el igualaros á las criaturas, aun en el amor y en el respeto!

Y á la verdad, católicos, que cuanto en sí tiene de infame un desprecio, se halla en este. Vuestra eleccion no puede ser ciega ni se puede excusar con la ignorancia. Vosotros habeis visto, habeis conocido, habeis experimentado por ambas partes; tampoco puede vuestra eleccion ser indiferente ni podeis alegar engaño en ella. ¡Ah! estábais instruidos tanto de vuestra propia flaqueza, como del peligro de las ocasiones, y en este punto os habia hecho muy hábiles una funesta experiencia. Finalmente, tampoco puede ser una eleccion tranquila, sin remordimiento, sin el secreto aviso de la conciencia, como cuando caísteis antes de vuestra confesion. ¡Ah! es preciso que tembleis antes de pasar adelante; vuestro corazon casi se negará á sí mismo; la memoria de la gracia que recibísteis en vuestra reconciliacion, que indignamente habeis profanado, se os presentará con mil temores secretos.

Esto era lo que en otro tiempo reprendia San Cipriano á los fieles que durante la persecucion habian tenido la des-

gracia de recaer en la idolatría. Antes de vuestra regeneracion en Jesucristo, amados hermanos míos, les decia, ofendíais á un Dios que nunca habíais conocido, adorábais sin remordimientos á vuestros ídolos, y aquella funesta seguridad podia minorar á la vista de Dios el horror de vuestras idolatrías; pero cuando atemorizados con las amenazas del tirano fuísteis llevados al capitolio y os acercásteis al altar sacrílego: *Cuando ad capitolium ventum est,*¹ atemorizados con la memoria de la gracia que poco antes os habia llamado á la luz del Evangelio y sacado de los desórdenes de vuestras primeras costumbres; acobardados con la enormidad de una apostasía que iba á hacer inútiles todos los trabajos de vuestra penitencia y todos los dones que habíais recibido con la fe de Jesucristo, empezaron á temblar vuestros pasos, *labavit gressus*, á turbarse vuestra vista, *caligavit aspectus*, á conmovirse vuestras entrañas, *tremuerunt viscera*, á caerse vuestras manos por su propio peso y á negarse al detestable ministerio del incensar, *brachia conciderunt*; vuestra lengua temblando al mismo tiempo de ir á negar á Jesucristo, se detuvo y no pudo pronunciar sin mucho trabajo las palabras de blasfemia, *lingua hæsit*. En una palabra, os acercásteis al altar, á donde os llevaron para sacrificar á los ídolos, temblando y confusos, como si os condujeran allí para ser vosotros mismos sacrificados: *Ara illa quo moriturus accedit, rogos illi fuit*. Pues, alma infiel que me oyes, tal será tu angustia cuando estés para recaer en pecado. Y no obstante estas vivas luces, prosigue San Cipriano, que os manifestaban el horror de vuestra apostasía, os postrásteis delante del ídolo y declarásteis en presencia del cielo y de la tierra que Jesucristo era un impos-

1 Ciprian. de lapsis.

tor y que no queríais tener comercio con él. ¡Ah, hermanos míos! continuaba aquel elocuente obispo; y también yo pudiera deciros lo mismo, ¿por qué no habeis vivido hasta ahora en las tinieblas de vuestra primera ignorancia? ¿para qué habeis conocido al Señor de la gloria? Mas útil os hubiera sido el no haber entrado jamás en los caminos de la justicia, que el volver atrás despues de haberlos conocido. ¿Para qué os manifestariamos la vanidad de los ídolos? en tal caso no seríais mas que unos ciegos, y ahora sois despreciadores de Jesucristo; no seríais mas que unos insensatos adoradores del demonio, y ahora sois blasfemadores declarados del verdadero Dios.

Pero, católicos, la razon de parecerme que el desprecio del pecador que va á recaer deja menos esperanza de perdón, es porque una recaída tan pronta y repentina es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar para reconciliarse con Dios, porque es una prueba casi cierta de que no dió á Jesucristo el beso de paz sino para profanarlos; y á la verdad, católicos, el arrepentirse y volver á caer inmediatamente, el purificarse y volverse á manchar de nuevo, ¿es penitencia ó burla? ¿Puede haber cosa que mas insulte á Dios, que el que una vil criatura se humille en su presencia exteriormente, que le pida la gracia, que le haga repetidas protestas de fidelidad, y que al mismo tiempo le ultraje en su corazón, que prefiera á él los mas indignos objetos, que le niegue por su Señor y su dueño, que desmienta en alta voz lo que le parece que estaba confesando? Despues de un ultraje semejante, la debe quedar cerrado para siempre el seno de la divina misericordia.

Pero dirá alguno: ¿por ventura no puede ser sincera la

conversion que precede á la recaída? Bien sé, católicos, que el sacramento de la penitencia no fija la inconstancia del corazón humano; que no arranca de él aquella raíz de corrupcion que solamente puede consumir la inmortalidad, como dice San Pablo, y no es mi intento decir aquí absolutamente que cuando uno vuelve á caer en el pecado, despues de haber sido penitente, haya profanado la penitencia. Pero en primer lugar, el que ha salido verdaderamente justificado de los piés de los altares, y cuando la gracia santificante que sigue al sacramento, ha criado en el hombre un corazón nuevo, no se pasa en un instante del estado de justicia al de pecado. La gracia de la santificación deja en el alma inclinaciones é impresiones durables, como el hábito del vicio. Es verdad que se puede recaer; pero esto es despues de muchos dias y de muchos años, despues que el tiempo ha entibiado insensiblemente la caridad, despues que mil ocultas infidelidades han preparado el alma para una nueva caída y dispuesto el espíritu de Dios á que la abandone. Ved ahora, amados oyentes míos, si es esta la imagen de vuestras recaídas, y si la gracia del sacramento conserva por mucho tiempo vuestra inocencia.

En segundo lugar, en el sacramento de la penitencia recibís, además de la gracia santificante, otras gracias de conversion, que son efecto de la primera; unos socorros que deben facilitaros el ejercicio de vuestras obligaciones, daros nuevas fuerzas contra el vicio y defenderos contra las ocasiones; y no obstante esto, al salir del tribunal de la penitencia os hallais el mismo, se observan las mismas caídas en las mismas circunstancias, la presencia del objeto que triunfaba de vuestra flaqueza, triunfa todavía, la injusta ocasión de ganancia que engañaba vuestra avaricia, la engaña todavía, la complacencia que os hacia infieles á vues-

tra obligacion, aun produce el mismo efecto; no se os ve apartados de aquellas concurrencias, de aquellos lugares, de aquellas conversaciones, de aquellos placeres de que tantas veces os habeis confesado, no dejais de cultivar aquellas amistades que fueron siempre fatales á vuestra inocencia, no os privais del juego que ha sido siempre la mas importante ocupacion de vuestra vida; nada minorais en vuestros gastos, con los que padecen los acreedores, los criados y aun los pobres; nada cercenais al sueño, en el que con la vanidad de vuestros pensamientos y con el regalo de vuestra cama, haceis que descanse vuestra imaginacion sobre ideas peligrosas siempre para vuestra alma; nada enmendais de una vida inútil que os condena, no se os ve tomar precauciones para lo por venir, ni medidas para expiar lo pasado; no conocéis las maceraciones, las viglias y todo el aparato de la penitencia, despreciáis la oracion, el recogimiento, el retiro y todos aquellos socorros que son tan necesarios para la piedad. En una palabra, aun sois el mismo, y en vosotros el penitente se parece en todo al pecador. ¡Ah! luego no fué el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio; si fuera así, el reino de Dios, dice Jesucristo, estaria establecido dentro de vosotros mismos: *Si in digito Dei iijicio dæmonia, profecto pervenit in vos regnum Dei.*¹ Cuando vos, ¡oh Dios mio! habeis curado á una alma, se deja ver que se ha mezclado en esta obra vuestra mano omnipotente; vuestros milagros y las transformaciones de vuestra gracia son durables, y no se parecen á aquellas ilusiones de los impostores, que desaparecen inmediatamente despues de haberlas visto.

La penitencia verdadera, católicos, es un nuevo estado

¹ Luc. 11. v. 20.

del corazon, que muda nuestras acciones y corrige nuestros desordenados afectos; es un nuevo gusto que nos hace amargo el pecado y agradable el don celestial; es un nuevo amor que nos hace amar lo que habiamos despreciado y despreciar lo que habiamos amado; es un dolor eficaz que renuncia efectivamente al pecado; un dolor justo que le castiga, un dolor sobrenatural que le detesta por un motivo semejante al que tiene Dios para aborrecerle; finalmente, un dolor prudente que nunca le parecen bastantes todas las medidas para evitarle. Juzgad por esta pintura los que estais continuamente recayendo, si son verdaderas vuestras penitencias, y si al salir del sagrado tribunal os hallais profanador ó penitente.

No me atreviera á decirlo aquí, católicos, si antes que yo no lo hubieran dicho los santos; todos tuvieron á la penitencia de estos pecadores que continuamente recaen, por públicas irrisiones de los Sacramentos, por atentados semejantes á los de los infieles, que venian á nuestros templos á pisar los santos misterios, ó que en los teatros infames exponian la verdadera representacion á la burla de los espectadores. Por eso en aquel tiempo, cuando un infiel despues de haberse purificado con los penosos ejercicios de la penitencia pública volvia á caer, no se le admitia mas en el número de los penitentes públicos; no porque se desesperase de su salvacion, sino porque además de temerse que si se hacia muy comun el remedio vendria á ser despreciado, se suponía que un fiel que despues de las lágrimas y trabajos de la primera penitencia volvia á caer, no habia sido mas que un impostor y solo penitente en la apariencia; y que así, ofrecer la sangre de Jesucristo á un pecador que habia abusado de ella, era exponerla. Hasta en las figuras de la ley estaba anunciada esta verdad. Aquel

cuya lepra volvía á manifestarse después de haber sido curada una vez, tenía obligación de comparecer delante del sacerdote que le había curado, y éste le declaraba inmundo por toda su vida, esto es, excomulgado, separado del altar, de los sacrificios y del comercio de sus hermanos: *Inmunditiæ condemnabitur.*¹

¡Dios mio, y se usaba de toda esta severidad, por una sola recaída! se desconfiaba de una penitencia que solamente había tenido segunda infidelidad. ¡Ah! juzgad, amados oyentes míos, lo que los santos hubieran pensado de vosotros, y lo que aun hoy piensa la Iglesia; juzgad de las quejas que algunas veces formais contra los ministros de los Sacramentos, que hallándoos siempre infieles no se atreven por último á absolveros hasta haber hecho largas experiencias, temiendo echar lo santo á los perros. ¡Ah! bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo, bien sé que comprende la misma maldición de Dios al que añade un solo punto á su ley por un exceso de rigor, que al que le quita por una culpable cobardía, y que no debemos con una ostentación de severidad dar motivo á los pecadores para que se aparten de las cosas santas: ¿pero se han de abrir inmediatamente los tesoros del santuario á unos profanos que los han manchado mil veces? ¿se ha de entregar sin precaución la sangre de Jesucristo á unos pérfidos que siempre le han hecho traición? ¿se ha de dar crédito á unas promesas continuamente violadas? ¿no debemos cerrar por algún tiempo el cielo, como Elías á los adoradores de Baal, que claudican hácia una y otra parte, en frase de la Escritura, y que viniendo á invocar al Señor en una solemnidad, van desde allí á sacrificar al ídolo? ¿no debemos saber, como Eliseo,

¹ Levit. 13. v. 8.

detener algunas veces el aceite de la gracia y la virtud de los Sacramentos, cuando solamente nos presentan unos vasos llenos, quiero decir, unos corazones poseídos siempre de las mismas pasiones? ¡Ah! ¿qué haríamos en concederos el perdón que Dios os niega, sino multiplicar vuestros delitos y cargaros con una nueva maldición? ¡Ojalá, almas infieles que me oís, ojalá hubiérais hallado cerrados todos los tribunales á vuestras vergonzosas recaídas, y que vuestros desórdenes no hubieran hallado asilo en la misma indulgencia del santuario! no se os vería caer en las mismas miserias y en las mismas flaquezas después de tantos años como hace que las estais confesando. No estaríais cubiertos de esa lepra que habeis tenido casi desde vuestra infancia, si como la hermana de Moisés, hubiérais hallado un legislador prudente y severo, que sin tener respeto al puesto que ocupais en vuestro pueblo, sin condescender con la carne y con la sangre, os hubiera separado del santo tabernáculo y del campo del Señor, hasta que vuestro abatimiento y vuestro dolor os hubiera dispuesto á recibir la salud y á venir á presentar vuestras ofrendas con los demás fieles. Una sola confesión hecha con un sacerdote santo y docto, os hubiera renovado, y ahora después de tantos sacramentos y de tan inútiles pasos de penitencia, aun sois los mismos.

¡Pero qué digo los mismos! habeis añadido á unos desórdenes que nunca se perdonaron porque nunca os arrepentísteis como debíais, la horrible circunstancia de un gran número de sacrilegios. Luego hubiera sido menor mal, me direis, el permanecer siempre obstinado en la misma costumbre, sin hacer nunca esfuerzos para salir de ella. Sin duda hubiera sido menos malo perseverar pecador, que venir á profanar la sangre de Jesucristo. ¿Pero no teníais